



LA MONTAÑA DE ORO EN CHINA.

El Kin-chan, ó la montaña de oro, se eleva un poco al Oeste de la ciudad de Tchein Kiang-fou, que se halla al Este de Nan King. Hé aquí los detalles que, acerca de esta célebre montaña, se encuentran en la *Geografía general de la China*, segunda edición, lib. 62, fol. 8.

La montaña de oro se halla situada en medio del gran río Kiang, á 7 lis (7 décimas de legua) al Noroeste de Tan-tou-hien, ciudad de tercer orden, bajo la dinastía de los Long, en el quinto año del periodo de Ta-tchong-tsiang-fau (en 1012), soñó el emperador Tching-song, que se paseaba sobre esta montaña, y le dió el nombre que lleva hoy; suele llamársela también Feou-gu, es decir *Jaspe flotante*, se lee en los opúsculos de Tcheou-pi: «Esta montaña se vé circundada por el mar: cuando sopla el viento con violencia por todos lados, se creería que se conmueve y que va á cambiar de sitio.» Tal es la razón de que se la haya llamado Feou-yu (*Jaspe flotante*).» A 20 lis (2 leguas) al Sud de la ciudad de Tchin-kiang-fou, hay una montaña de forma prolongada que se eleva al Noroeste; se la da el nombre de Ou-tcheou-chan; se extiende hasta la bahía de Hia-pi-fou, y allí penetra en el río Kiang; después vuelve á elevarse bruscamente y forma la montaña de oro. Los puntos mas elevados de esta montaña se llaman Kin-ao-fong (pico de una altura prodigiosa). Al Este se elevan las cimas llamadas Ji-tchao-yeu (cima iluminada por el sol); Kin-yu-yeu (cima de oro y de jaspe); Mias-tong-yeu (cima de la gruta maravillosa). Se distingue además la gruta denominada Tchao-yang-tong (ó gruta vuelta al Mediodía), y Long-tong (gruta del Dragon). Al Oeste, se alza la cima de Theou-tho (nombre de un general célebre en el sétimo siglo; y además la gruta del (general) Fei-kong. Al Norte, se encuentra la gruta de los Ropages blancos (Pe-i-tong), y la gruta de las Nubes voladoras (Fei-yun-tong). Al pié oriental de la montaña, se vé la piedra de la Longevidad, la roca de la Fidelidad (Sin-ki), y la escarpadura de la Inteligencia (Khio-an). Al Norte de la montaña en medio del río Kiang, hay una roca denominada Men-lau-chi; al Este de la montaña, en medio del mismo

río, se eleva el monte Kouo-chan (ó monte del Gavilan), y el monte Che-pi-chan, en el que se halla la tumba del célebre comentador Kuou-pou. En frente del monte Che-pi-chan se alza el monte Pi-kia-chan, llamado también Sau-chan-chi, ó Peñasco de los tres picos contiguos.

Bajo la actual dinastía, el emperador Khang-hi, al visitar las provincias del Mediodía en el año cuadrigésimo segundo de su reinado (en 1703), compuso (con el tema del monte de oro) una inscripción intitulada: *Kiang-thien-ian*, es decir, una vista del cielo (pais) del Kiang, y escribiendo las tres palabras *Song-fong-chi* (roca de los pinos y de los vientos) sobre la cima llamada Si-tchao-yen cima iluminada por el sol), y las dos palabras *Yun-fong*, pico de las nubes) en la gruta Tchao-yang-tong (caverna vuelta hacia el Mediodía).

El Emperador Kieng-long, visitando el Mediodía en el décimo sexto año de su reinado (1751), hizo construir un palacio en lo alto de esta montaña, y escribió una composición en verso intitulada: *Thsou-teng-kin-chan-chi* (es decir, versos escritos después de haber subido por la vez primera al monte Kin-chan, ó monte de oro) y otra composición titulada: *Ten-kin-chanta-ting-chi* (versos escritos después de haber subido á la cima de la pagoda del Kin-chau, ó monte de oro).

CREACION DE LA ORDEN DE LA BANDA.

(Conclusion.)

—El caballero de la Banda que hiriese á otro de la Orden sobre enojo y rencilla no entraria en palacio en un año, y estaria preso la mitad de este tiempo.—Ningun caballero de la Banda que fuese justicia por el rey en la corte ó fuera de ella podria ajusticiar á ningun caballero de la Banda, sino prenderle y remitirle al rey.—Yendo el rey á la guerra

26 DE AGOSTO DE 1849.

irían con él todos los caballeros de la Banda, y puestos en el campo se juntarían bajo una bandera, y estarían y pelearían á una; de lo contrario perderían un año de sueldo y andarían otro año con media banda.—Ningun caballero de la Banda sería osado de ir á guerra si no fuese de moros; si en alguna otra se hallase quedaría por entonces sin la banda, y si pelease en favor de otro que el rey, la perdería.—Todos los caballeros de la Banda debían juntarse tres veces al año donde el rey mandase, y estas juntas serían en abril, setiembre y navidad para hacer alarde de sus armas y caballos, y tratar de asuntos de la Orden.—Debían todos los caballeros de la Banda tornear por lo menos dos veces en el año, justar cuatro, jugar cañas seis, y tener carreras todas las semanas: el que fuese negligente en ir á estos ejercicios militares ó mostrase poco arte en ellos, andaría un mes sin banda y otro sin espada.—Estaban asimismo obligados dentro de los ocho días que llegase el rey á algun lugar, á poner tela para justar y carteles para tornear: y además de esto debían tener maestro y escuela á donde fuesen á esgrimir y á jugar de puñal y espada, so pena que el negligente en esto fuese arrestado en su posada y privado de media banda.—Ninguno de esta Orden había de estar en la corte sin servir á alguna dama, no para deshonrarla, sino para festejarla ó casarse con ella; y cuando saliese fuera debía acompañarla como ella quisiese, á pie ó á caballo, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla.—Debía también, cuando supiese que en torno de diez leguas de la corte se hacían justas ó torneos, ir á justar y á tornear so pena de andar un mes sin espada y otro tanto sin banda.—Si algun caballero de la Banda se casase veinte leguas en torno de la corte, todos los demás irían con él al rey á pedirle alguna merced, y despues le acompañarían todos hasta donde se había de casar, para hacer allí algun honroso ejercicio de caballería, y ofrecer alguna presea á su esposa.—Todos los primeros domingos de cada mes irían juntos á palacio y muy bien ataviados los caballeros de la Banda, y allí en el patio, ó en la sala real, delante del rey y de toda su corte jugarían de todas armas dos á dos, de manera que no se liasen.—Tornearían treinta con treinta, y esto con espadas romas y sin filo, y tocando las trompetas arremeterían juntos, y en sonando el añafil se retirarían todos, so pena de no entrar mas en torneo y de no ir un mes á palacio.—En la justa no debían correrse mas de cada cuatro carreras; los jueces debían ser cuatro caballeros, y el que en cuatro carreras no quebrase lanza, pagaría todo lo que costase la tela.—Al tiempo que falleciese algun caballero de la Banda le irían todos á ayudar á bien morir, y despues irían á enterrarlo, y se vestirían todos de negro un mes, y no justarían en otros tres.—Dos dias despues de enterrado al caballero de la Banda se juntarían todos los otros caballeros de la Orden, é irían al rey, lo uno á darle la banda del muerto, y lo otro á suplicarle recibiese en su lugar algun hijo grande de él, é hiciese alguna merced á su mujer para sustentarse y casar sus hijas.

Estas eran las obligaciones que contraían los individuos del cuerpo de la Banda, algunas de las cuales nos parecerán ridículas hoy día; mas en aquellos tiempos en que las prendas de un buen caballero participaban de todas las virtudes públicas y domésticas, de todo el atractivo de la honradez, elegancia y cortesanía, no lo eran de modo alguno. Otra observacion nos sugerirá la lectura de tan peregrinas constituciones: que mientras en las famosas órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava se prescribía como en recuerdo de su antiguo origen y por medio de los votos que hacían sus candidatos, un régimen de vida monástico hasta cierto punto, la de la Banda solamente compendia los deberes que en aquella época eran propios de toda persona distinguida, y por lo tanto podia llamarse esencialmente caballeresca. ¿Hay algo mas delicado que las consideraciones que se mandan tener con el bello sexo, y la prescripcion de que todo caballero tuviese una dama á quien servir, la acompañase con muestras del mayor respeto, y no la galantease sino con el honesto fin de merecer su mano? En medio de la grosera sencillez que descubren las costumbres de aquellos siglos ¿no denota este solo rasgo que la mujer ha gozado siempre en nuestra sociedad de una especie de culto que nunca podrá alcanzarse con la quimérica emancipacion de la filosofía moderna?

Pero volviendo á los sucesos que nos hemos propuesto referir: cuenta la crónica que como fuese el rey don Alfonso de muy nobles acciones, y procurase honrar en todo su

dignidad, determinó coronarse, armarse á sí propio caballero, y dispensar luego este honor á los ricos hombres, infanzones é hidalgos de sus reinos; á cuyo efecto mandó que concurriesen todos en día señalado á la ciudad de Burgos. Hallábase á la sazón en este punto; y para dar tiempo á que acudiesen al llamamiento, se encaminó en romería á Santiago con el designio de visitar el cuerpo del santo apóstol, y recibir de él la órden de caballería: resolucion digna de su grande espíritu, y prueba de lo arraigada que estaba la fé aun en los corazones menos supersticiosos. Llegado que hubo á aquella ciudad, en la que entró á pie por mas humildad y devocion, fué en derechura á la iglesia, donde pasó toda la noche velando sus armas, que estaban puestas sobre el altar del santo. Al amanecer el arzobispo de Santiago don Juan de Limia, le dijo misa; y bendiciéndole las armas, el gambax ó sobreveste, la loriga, los quiñotes y canilleras, los zapatos de hierro, y por fin la espada, púsoles el mismo rey sin que le ayudase nadie; y por último llegándose á la imagen de Santiago y acercando el rostro, recibió la pescozada. Era indispensable todo este ceremonial para quedar armado caballero; por otra parte la dignidad del soberano no permitía que pudiese tocarle nadie, sino el santo patron de España, caballero y alférez mayor de Jesucristo, y alférez mayor del pendon de Castilla y de Leon, como entonces se le llamaba.

Hecho esto, tomó don Alfonso la vuelta de Búrgos, donde encontró ya muchos caballeros de los que había citado, y mientras iban llegando los restantes, mandó que se pudiesen dos tablados para justar, además de los que con el mismo fin había en diversas partes de la poblacion. En cada uno de aquellos estaban cuatro caballeros de la Banda para mantener la justa contra todo el que quisiese lidiar con ellos; y pasando entonces por Burgos muchos extranjeros que iban en romería á Santiago, se los invitaba á tomar parte en la fiesta, á lo que accedían los mas con el deseo de lucir su gallardía y denuedo. De este modo al estímulo del amor propio se añadía el espíritu de patriotismo, y á la humillacion de quedar vencido, el público desdoro de serlo por un desconocido en quien á veces se hallaría un ilustre personaje y á veces un oscuro aventurero. El mismo rey que se complacía extraordinariamente, y aun solia mezclarse en estas diversiones, no obstante lo peligrosas que eran, tenia mandado que en todos los pueblos inmediatos á Burgos á donde iba frecuentemente, hubiese tablas para justar, y prevencion suficiente de armas y de todo aquello que para el caso se requeria.

Llegó el día de la coronacion, y la ciudad toda, llena de innumerables gentes, así del pueblo como de la nobleza y clero, anunció desde muy temprano la solemne fiesta que se preparaba. El rey se trasladó desde la habitacion del obispo de Burgos á sus casas de las Huelgas, en cuyo monasterio debía verificarse segun costumbre la ceremonia; y á la hora señalada se dirigió á la iglesia á caballo, rodeado de toda la grandeza de sus reinos y de todos los caballeros que habían venido á la fiesta de la coronacion, los cuales caminaban á pie formando un acompañamiento no menos brillante que numeroso. La crónica ya citada describe prolijamente la magnificencia del vestido del rey y la riqueza de las guarniciones de su caballo: admirable profusion de gusto y suntuosidad en unos tiempos tan incultos aun y desasosegados, en que afortunadamente los representantes de la real estirpe se mostraban superiores á la ilustracion general, como lo habían sido antes á los golpes del infortunio.

El rey sentado en el trono, y al lado su esposa Doña María, oyeron la misa que dijo el mencionado arzobispo de Santiago en presencia de otros varios prelados vestidos de pontifical. Al ofertorio, dejando los reyes sus asientos, subieron al altar y se arrodillaron: el arzobispo ungió al rey en el hombro derecho y bendijo las dos coronas que estaban sobre el altar, las cuales tomó D. Alfonso, poniéndose la una él mismo y colocando la otra sobre las sienes de su esposa. Ambos siguieron en aquella humilde actitud hasta la elevacion, y concluida esta, volvieron á sus puestos y permanecieron en ellos hasta el fin de la misa sin quitarse las coronas. Era un espectáculo interesante ver asegurada en las sienes de aquel monarca la diadema que en su niñez había sido el juguete de ambiciosos y descontentos: al carácter que supo mostrar apenas tomó las riendas del gobierno, el rigor, tan necesario entonces, con que trató á los mas indóciles y revoltosos, y las continuas empresas en que tuvo ocupados á sus vasallos, libraron al

trono de los peligros que le amenazaban, y retrajeron de sus siniestros propósitos á la turbulenta aristocracia, causa muy principal de los quebrantos que se padecían.

En celebridad de tan fausto suceso, hubo aquel día juegos de lanzas y bohordos, y todos los demas regocijos que en tales casos y en tales tiempos se acostumbraban. Al siguiente armó el rey caballeros con grandes ceremonias y aparato, á los principales ricos hombres é hidalgos de su reino, los cuales comunicaron luego este honor á un número determinado de nobles, cada cual segun su poder y categoría. Todas estas novedades, pues así podían llamarse (dado que de tiempo atras no dispensaban los reyes la honra de caballería, y por esto trató D. Alonso de restablecerla), todas estas novedades fueron acompañadas de funciones y regocijos militares en que los ánimos se habituaban á los peligros y estruendo de la guerra, y se disponían á grandes empresas y heroicos hechos; y en todas estas escenas desempeñaron el principal papel los caballeros de la banda.

La historia no vuelve á hacer mención de la nueva Orden hasta el año de 1333, en que algunos suponen, acaso con fundamento, que esperimentó alguna reforma, y aun dan por seguro que entonces formó el rey D. Alonso los estatutos que ya hemos visto. Lo cierto es que en el citado año, hallándose el mismo rey en Valladolid, se verificó un famoso torneo, esclusivamente sostenido por los caballeros de la Banda contra los llamados de la ventura que quisieron entrar en él. Hallóse entre los mantenedores el propio D. Alfonso, aunque encubierto, por no quitar la libertad que debía reinar, y si hemos de creer lo que la historia dice, hubo encuentros muy reñidos, y heridas y pesados golpes, de que cupo al monarca alguna parte, despartiéndose por último sin que los fieles supiesen á quienes adjudicar el lauro de la victoria.

Otro torneo semejante tuvo lugar en Burgos el lunes de pascua del año 1335 con motivo de varias ordenanzas que mandó promulgar el rey relativas á la administración de justicia, y á la moderación en el vestir, pues el demasialujo empobrecía las casas y daba ocasion á vicios y abusos vituperables. Con el tiempo fueron entregándose tambien al olvido estas diversiones, ó por lo menos no ofrecieron tanto interés; bien es verdad que las circunstancias, cada vez mas complicadas, eran poco á propósito para semejantes entretenimientos, á no ser en alguna ocasion memorable, ó cuando naturalmente hallaban placer en ellos los reyes ó sus favoritos. Así en 1336 celebró uno en Tordesillas el rey D. Pedro; posteriormente no hallamos mención de importancia hasta el largo reinado de D. Juan II en que el carácter enérgico y caballeresco de D. Alvaro de Luna reprodujo en la corte estos espectáculos, ya al paso por Valladolid de la infanta de Aragon doña Leonor, que iba á desposarse á Portugal, ya en las cortes de Madrid de 1443, ya finalmente en las justas que se hicieron en Valladolid por el casamiento de D. Enrique IV, siendo príncipe todavía; fiestas de triste memoria por las desgracias que produjeron. Por último, en el reinado de este D. Enrique se tuvo un famoso torneo entre Madrid y el Pardo, del cual fué mantenedor el privado D. Beltran de la Cueva, con grande escándalo del pueblo que le vió derramar á manos llenas el oro que debía á la liberalidad del soberano.

En todos estos festejos, prescindiendo de los que los estatutos les prevenían, tomaron mas ó menos parte los caballeros de la Banda, y por lo tanto no puede ponerse en duda la existencia de la Orden á mediados del siglo XV; sin embargo, no es fácil averiguar cuándo comenzase á perder el valor que se la daba generalmente; por el contrario Juan I, segun el testimonio de Garibay, no halló obsequio mas honorífico para los caballeros que vinieron á Castilla con el emperador Segismondo, que la concesion de de la citada Banda; y del escudo que dejamos copiado en el sello de D. Juan II, se deduce que aun en tiempos de este monarca era insignia de grande estima. Despues esperimentó esta institucion la suerte que corren todas, y así el historiador Mariana nos dice que en sus dias no se conservaba de ella rastro ni señal alguna.

Lo propio puede decirse de las costumbres á organizacion de nuestros antiguos pueblos, lo propio de la mayor parte de los linajes que los habitaban y ennoblecían. ¿Qué traslado nos queda de aquellos ilustres héroes, origen de la sociedad que fué mas adelante el asombro y modelo de la Europa? Algunos han sobrevivido al trastorno universal

perpetuando sus nombres en su descendencia; la mayor parte vieron irse menoscabando su fama en sus sucesores, los cuales yacen hoy día confundidos y despreciados aun entre el vulgo. Pudiéramos anotar aquí los nombres de los ilustres personajes que componían la órden de la Banda si no temiéramos ser molestos: en su número se hallaban comprendidos ademas del rey los infantes y otros nobles cuyos mayorazgos subsisten todavia, caballeros tan principales como Pedro Fernandez de Castro, apellidado de la Guerra, sin duda por sus proezas, padre que fué de Doña Juana de Castro, esposa momentanea del rey D. Pedro; Alfonso Fernandez Coronel, Alvar Garcia de Albornoz, Garcí Jofre Tenorio, Pedro Trillo, Juan Rodriguez de Villegas, Mendo Rodriguez de Biezma, Juan de Cerejuela. Juan Fernandez de Bahamonde, Gil de Quintana, Juan Rodriguez de Cisneros, Inigo Lopez de Orozco, y muchos mas cuyos apellidos eran de casas ilustres y poderosas, que figuraban al lado de las de la primera nobleza. «Hay ahora en España, dice el ilustrísimo Guevara haciendo estas mismas reflexiones, otros linajes que son Velascos, Manriques, Enriquez, Pimentales, Mendozas, Córdovas, Pachecos, Zúñigas, Fajardos, Aguilares... Carvajales, Sotomayores, y Benavides... Es de creer que de aquellos linajes antiguos haya ahora tantos descendientes que son nobles y virtuosos, á los cuales como los vemos tener poco y poder poco, tenemos por mejor callarlos que nombrarlos.

Esta degradacion querria quizá evitar tambien D. Alfonso XI al instituir la órden de la Banda, abriendo una escena en que pudiesen conquistar gloria y aplausos aquellos á quienes la suerte habia negado las ventajas de la primogenitura; pero se dejó engañar de su buen deseo. Esta inconstancia de prosperidad y cambio recíproco de gerarquías estan en los principios inmutables de la naturaleza, porque ni los individuos ni las familias pueden perpetuar en sus vínculos los favores de la fortuna; las naciones perecen: los tronos se hunden en el abismo de la nada; se corrompen las generaciones y desaparecen de la tierra, y todo vive espuesto á esa inmensa série de vicisitudes sin la cual caducarian el progreso y perfeccion del mundo.

CAYETANO ROSELL.

DEL ESTADO QUE ALCANZAN LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS EN ESPAÑA, Y APUNTES CRÍTICOS SOBRE LAS OBRAS DE ESTE GÉNERO NUEVAMENTE PUBLICADAS.

ART. III.

(Conclusion.)

Ya á principios del año pasado de 1848, un jóven poeta con cuya generosa amistad nos honramos, hizo algo á invitacion nuestra por popularizar este recuerdo. El señor don Nicasio Camilo Jover, quien es el poeta á que nos referimos, daba entonces su última mano á las *Glorias de España* notable coleccion de poesías destinadas á hacer comunes embellecidos con las galas de la imaginacion y de la armonía, los hechos históricos y los caracteres mas grandes que haya presentado nuestra nacion en todos los siglos. Acaso nuestras ardientes escitaciones no fueron inútiles para inspirarle una improvisacion brillante y enérgica que debe contarse entre los mejores poemas de la coleccion. Pero el eco de una voz jóven todavia, ni el reducido campo de una poesia, bastaban para poner en su justo lugar el carácter profundamente orijinal y maravillosamente heroico de los Almogábares. Tal empresa estaba reservada para tal escritor como el señor Calderon. En el espacio señalado por el gobierno á su historia de la Infantería no pueden acaso comprenderse otras acciones que las ejecutadas desde el tiempo de los Señores Reyes Católicos; la escepcion de esta regla en favor de los almogábares era sin embargo un deber nacional y literario y el señor Calderon ha sabido cumplirlo. De hoy mas la figura siniestra pero magestuosa del almogábar, aparecerá con claridad en nuestra historia: la avidéz con que se han leído los números de la *Revista Militar* en que ha visto la luz ese capítulo promete tambien mayor popularidad á su recuerdo.

Distinguese el señor Calderon como historiador por la

fuerza y clasicismo de su estilo: su historia es la historia *estética*, ó acaso mejor dicho de *representación* que señalamos en nuestro primer artículo como la mas conveniente para España en las condiciones actuales de nuestra civilización. Si esta escuela debe preferirse en nuestra opinión á las escuelas *psicológicas* en muchos casos, tratándose de una historia destinada á ofrecer grandes ejemplos al valor y mover el entusiasmo de los militares, parecemos que es punto incontestable.—Ver al almogabar y admirarle es pasar los ojos por el diseño ó retrato que hace de ellos el señor Calderon. «De estatura aventajada, alcanzando grandes fuerzas, bien conformado de miembros, sin mas carnes que las convenientes para trabar y dar juego á aquella máquina colosal y por lo mismo ágil y ligero por extremo, curtido á todo trabajo y fatiga, rápido en la marcha, firme en la pelea, despreciador de la vida propia y así señor despiadado de las ajenas confiado en su esfuerzo personal y en su valor, y por lo mismo queriendo combatir al enemigo de cerca y brazo á brazo para satisfacer mas fácilmente su venganza, complaciéndose en herir y matar, el soldado almogabar ofrece á la mente un tipo de ferocidad guerrera que hace eclipsar la idea del falangista griego y del legionario romano. Su gesto feroz parecia mas horrible con el cabello copioso y revuelto que oscurecia sus sienes: los músculos desiguales y túrgidos se enroscaban por aquellos brazos y pechos como si las serpientes de Laoconte hubieran querido venir á dar mas poder y ferocidad á aquellos atletas despiadados. Su traje era la horrible mezcla de la rusticidad goda y de la dureza de los siglos medios: abarcas envolvian sus pies y pieles de las fieras matadas en el bosque le servian de antiparas en las piernas: una red de hierro cubriéndole la cabeza y bajándole en forma de sayo como las antiguas capellinas, le prestaba la defensa que á la demas tropa ofrecian el casco, la coraza y las grevas: el escudo y la adarga jamás la usaron como si en su impetu sangriento buscasen mas la herida y la muerte del enemigo que la defensa propia: no llevaban mas armas que la espada, que ó bajaba del hombro de una rústica correa ó se ajustaba al talle con un ancho tablabarte y un chuzo pequeño á manera del que despues usaron los alféreces de nuestra infanteria en los tercios del siglo XVI; la mayor parte llevaba en la mano dos ó tres dardos arrojadizos ú azconas, que por la descripción que de ellos se hace se recuerda al punto el terrible *pilum* de los romanos: ni los desembrazaban y arrojaban con menos acierto ni menos pujanza: bardas, escudos y armaduras todo lo traspasaban hasta salir la punta por la parte opuesta. En el zurrón ó esquero que llevaban á la espalda ponian el pan único menester que necesitaban en sus expediciones, pues el campo les prestaba yerbas y agua si no llegaban al término de ellas; ó en las ciudades y reales enemigos encontraban despues largamente todo género de manjares.—El rio mas caudaloso lo pasaban á nado. Ni el rigor de la escarcha ó hielo, ni el ardor del sol mas rigoroso, hacian mella en aquellos cuerpos endurecidos: la jornada mas dilatada y áspera era obra de pocas horas para ellos; y diestrisimos en la lid, cautos cuando convenia, silenciosos á veces para ser mas horribles en su alarido llegado el caso, escesivos en sus saltos, muy ágiles en sus movimientos, y por consiguiente certisimos en los asaltos né interpretas jamás hallaron obstáculo ni impasibilidad, ya marchasen, ya asaltasen ó combatesen ciudades ó castillos.—Sus banderas y estandartes eran los de Aragon y Sicilia; su grito de guerra el mas siniestramente elocuente que pudo imaginar la ferocidad del soldado. Tal grito azotando el hierro contra el hierro ó contra la tierra era decir: «*hierro, hierro despiértate* y ya toda misericordia estaba por demas.»

De intento hemos copiado todo este pasaje que puede darse como acabado modelo en la forma que hemos llamado de *representación*. En esto está el mayor mérito del señor Calderon. Mas no por ello ha de pensarse sino que pone tambien los hechos truncados ó dudosos en toda su exactitud y verdad. Así deja ya sentado como cosa indudable el origen y naturaleza de los almogabares; así en otro capítulo que tambien se ha publicado de su historia, revela toda la fuerza de inteligencia y de ánimo que hubo de emplear Gonzalo de Córdoba en la trabajosa y desigual campaña del Liris ó Garellano. Y revelar decimos, porque en verdad, las relaciones incompletas y encontradas de Pulgar, Paulo Jovio y Guicciardini, copiados ó seguidos sin reflexión por

escritores modernos, dejaban en oscuridad profunda la razon de aquella memorable victoria, dándole solamente al general español, la gloria que nunca suele negarse al favorecido de la fortuna. Ya el *gran* Quintana, en sus biografías de célebres varones castellanos (trabajo histórico de altos quilates por cierto), declaró al terminar la relación de esta campaña del Garellano que si otras victorias pueden atribuirse á la fortuna, aquella era «enteramente debida á la capacidad del gran capitán que entonces llenó toda la extensión de este renombre». Pero el cuadro que traza este autor de aquellos sucesos, aunque insuperable en dotes de concisión y de verdad, no pudo contener de sobrado estrecho todo lo que se necesitaba decir y relatar para dejar asentado; que en el Gran Capitán se reunian «las grandes inspiraciones del Genio de nuestro siglo con las prendas de prevision y prudencia de los grandes generales de la antigüedad.» Palabras son estas últimas del señor Calderon: puede decirse que él ha realizado cuanto era de esperar en su alta reputación y cuanto la nación española pedía en este punto para mayor esclarecimiento de su fama.

Un ilustrado crítico de esta corte y varios periódicos extranjeros, entre ellos la *Revue des deux mondes*, se han ocupado ya de cierta obra histórica del duque de Rivas, donde cuenta y describe la insurrección napolitana que acudilló Tomás Aniello, comunmente llamado Masaniello, contra el dominio de España en Nápoles. Todos la han juzgado ventajosamente, y no seremos nosotros los que demos opinión contraria. El libro es digno de su autor: baste por todo encomio; ya que no sea posible que mas nos detengamos en estos apuntes críticos.—Pero obra que verdaderamente merecia largo espacio y seria atención de nuestra parte, y que deberá contarse por una de las mejores producciones de nuestro siglo, es la historia de la arquitectura española que acaba de publicar á costa del Estado el señor Caveda. Libro primero en su género; escrito con erudición copiosa, con gran criterio y conciencia, salpicado de profundas observaciones, con orden y claridad incontestables, conduciendo el ánimo apaciblemente desde las agrestes iglesias levantadas por los reyezuelos de Asturias, hasta las maravillas católicas de Toledo, de Burgos y Sevilla, símbolos de grandes conquistas y de vasto poderío; llevándole despues á Córdoba, y de Córdoba á la Alhambra, emblemas fieles de las dinastías musulmicas que trocaron en lazos y flores el hierro de sus espadas, y cambiaron por airoso ajimeces y puntiagudos arcos egipcios, los torreones macizos y los castillos roqueros de los primeros tiempos de su dominación. Así el historiador Al-Katti se vanagloriaba torpemente de que en su tiempo no llevase ya el caballero de Granada ancha loriga ni ruda visera, sino mas bien airoso morrión y leve coraza: ya Vegocio nos pintó algo parecido en los siglos de la degradación romana, dejése allí tambien en las armas lo rudo por lo bello, lo pesado por lo gentil. La historia de la arquitectura representa mejor que ninguna otra esa ley terrible del progreso humano que hermana las grandes acciones con la infancia del arte y no deja para su perfección sino miseria y desvanecimiento.

El antiguo general y hombre político don Evaristo San Miguel ha terminado tambien la publicación de su historia del rey don Felipe II, escrita con imparcialidad casi siempre y harto diferente en verdad de como parecian anunciarla los antecedentes y opiniones del autor. La verdadera religiosidad del Monarca que se ha llamado por ciertos escritores hipocresía, la justicia del castigo aplicado al príncipe don Carlos que se ha solido calificar de asesinato, la persecución de Antonio Pérez y otros tales sucesos desnaturalizados tanto por la pasión y el encono de los enemigos del gran rey, se encuentran relatados y aun juzgados con lealtad y justicia. En la parte militar suele mostrarse el autor entendido y hábil, aunque á la verdad no admitimos de modo alguno su manera de considerar á la infantería española, la razón de vencer que tenían aquellas falanges y otras circunstancias harto importantes sobre su composición y armamento. No podemos detenernos en este punto, pero estamos ciertos de que la *Historia de la Infantería Española* que se está escribiendo por orden del gobierno rectificará las equivocaciones que en nuestro sentir ha cometido el respetable general San Miguel en esta parte de su obra. Por lo demas la imparcialidad de que ha dado muestras al hablar del *demon du Midi*, dice mucho en favor de su conciencia. Mas hállele faltado la forma: la brillante representa-

ción estética del señor Calderon: la profunda, clara y popular psicología del señor Pacheco para cotejar todos los hechos con los grandes principios de la inteligencia y de la voluntad. Su estilo de fácil degenera en trivial.

A todos estos trabajos importantes que dejamos mencionados, habremos de añadir dentro de poco, si no estamos equivocados, la *Historia de Fernando VII*, que escribe el académico don Antonio Benavides, escritor de nervioso y cáustico estilo, gran colorista, juez severo, que sabrá retratarnos con toda exactitud las flaquezas y desventuras de

aquel funesto reinado. La historia de los *Protestantes españoles*, por don Adolfo de Castro, de cuyo mérito dejamos hablado algo, y unos trabajos curiosos y concienzudos sobre el famoso *Don Juan de Austria*, y el no menos célebre cardenal *Jimenez de Cisneros*, en que se ocupan ó últimamente se han ocupado los jóvenes académicos de la Historia don Miguel Lafuente Alcántara y don José de Zaragoza, actual jefe superior político de la Corte.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

TIPOS ESPAÑOLES.



La Manola.

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

PROLOGO.

Que es indispensable aunque no lo parezca á algunos lectores.

CAPITULO I.

Flores y abrojos.

Hace cuatro años, cuando yo no contaba mas que diez y seis, residia en una capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso. Alejado del mundo por mi hermosa edad y por la situacion de aquel pais, cuando presenciaba un hecho de los que solo tienen lugar en otras poblaciones mas civilizadas ó mas populosas, creia que solamente observándolo y estudiándolo con detencion podria llegar á conocer perfectamente el mundo.

Sucedio, pues, hace cuatro años una cosa que, por las circunstancias que la acompañaron, tardará mucho en olvidarseme.

La audiencia de C... habia condenado á muerte á un foragido, y la sentencia debia ejecutarse en la poblacion donde yo residia. Como desde los principios de la guerra

civil no habia herido mi imaginacion un acontecimiento de esta naturaleza, renovóse en mí con mas ahinco la idea de estudiar, como antes dije, al mundo en el hombre, y á este en los terribles momentos en que se muestra tal como fué criado.

Tocó por casualidad á un oficial amigo mio la guardia de la cárcel el dia en que el sentenciado fué metido en celda, y recuerdo perfectamente que me causó una impresion en alto grado dolorosa, ver que la multitud corria como á un festin al sitio donde levantaban el tablado, mientras que otros, en no menor número, se agolpaban con avidez á las puertas de la cárcel, atropellándose y disputándose el umbral, que pronto los sacerdotes y curiales mandaron despojar á los centinelas.

Y sin embargo, yo tambien corrí á ver el escalon, sobre el cual iba acaso á elevarse un alma al cielo, y tambien esperé con impaciencia la venida de la noche para ir á acompañar á mi amigo, como habíamos convenido.

Entonces, por fortuna, no acertaba á explicarme esta contradiccion en mis ideas; ahora por desgracia, sí. ¡Triste ventaja la que lleva el hombre al niño!

Cuando descorro el velo que en mi memoria envuelve los recuerdos de aquella feliz primavera de mi vida, siento un no sé qué, que me desvanece y me apesadumbra. Los tiernísimos recuerdos de la infancia, como huyendo los ardores del estío de la vida, acógense en la edad madura bajo las alas del corazon. Cada uno que de allí se arranca,

le arranca un suspiro, que no porque parezca dulce deja de ser en el fondo muy amargo.

¿Por qué elegiría la noche para contemplar á un moribundo? ¿Encontraba en mi mente alguna asimilacion entre la noche y el aniquilamiento de nuestra raquítica materia?

Aun no habia sonado la última campanada de las oraciones, y ya atravesaba yo, no sin terror secreto, el dilatado aunque modesto vestíbulo de la cárcel de mi pueblo.

A la izquierda, conforme se entraba, habia una reja cuadrangular cubierta por una cortina encarnada, á través de la cual se percibía el lúgubre resplandor de dos velas; pero nada se oía.—Nadie me dijo lo que allí detras pasaba, y sin embargo lo adiviné, porque aquellas luces me causaron una especie de mareo.

En la pared de enfrente otra reja aun mayor que la primera daba paso á las prisiones, y arrodillados en el interior estaban los reos que no merecian gemir atados de pies y manos en el fondo de un calabozo. Pero asi como aquel espectáculo me enternecía, recuerdo tambien que me horrorizó distinguir en la penumbra á dos ó tres de aquellos foragidos jugando los naipes, mientras sus compañeros rezaban y uno se encomendaba á Dios.—Ahora me parece que no iba muy errado al creer que podia estudiar el mundo en una cárcel.—Y sin embargo, yo era un niño.

Mi amigo me esperaba con ansia: aunque acostumbrado á ver morir en los campos de batalla, la muerte que da la justicia impresionaba en gran manera su corazon de soldado. El aparato lúgubre que allí se desplegaba le tenia, si no afligido, por lo menos triste y silencioso.

Como si fuera á cometer un crimen me acerqué temblando sobre la punta de los pies, á la reja de la capilla, hice un esfuerzo sobre mí mismo, y alcé por uno de sus extremos la cortina encarnada... Aun me parece que estoy viendo al infeliz reo, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza caída hácia atrás, y contestando por monosílabos á las piadosas reflexiones que el venerable ministro de Dios le dirigía. En el momento en que yo le miraba poseído de terror, pareció experimentar una contraccion nerviosa. Estendió los brazos adelante, enderezó la cabeza, y sus ojos se encontraron con los míos...

Sin duda habria oido mis pasos... ¿Creería que iban á sacarle ya para el patíbulo, ó á llevarle la revocacion de su sentencia?

Aquella mirada me desvaneció..., dejé maquinalmente caer la punta de la cortina, y para llegar á donde me esperaba mi amigo, tuve que apoyarme á cada paso en la pared.

Pero como en las imaginaciones juveniles es toda idea transitoria, despues de poco olvidamos hasta el objeto que nos reunia en aquel sitio.

Dieron, sin embargo, las diez de la noche, hora que en las capitales de provincia es la del silencio y el descanso, y empezó á oírse en la capilla un vocear acompasado y lúgubre, que nos heló el corazon, quitándonos el placer de los divertimientos propios de nuestra edad.—Recuerdo perfectamente que empezamos á hacer conjeturas sobre el motivo que podria obligar al sacerdote á hablar con mas esfuerzo, y recuerdo tambien que no encontramos uno que nos satisficiera de todo en todo.

Aunque esta introduccion es por casualidad una ojeada retrospectiva sobre una página de ese libro tétrico y monótono que se llama historia de mi vida, extrañará el lector que descienda con placer á ciertas trivialidades que parecen de poca monta; pero al desmenuzar los recuerdos de la infancia, al hacerlos pasar por el tamiz de la memoria, se suele encontrar en ellos tanta belleza, un sabor tan dulce y cándido, que el alma goza en aspirar ese aroma puro, como gozan las mugeres en los recuerdos de sus amores.

Ahora que veo las cosas por un prisma menos seductor, paréceme extraño no haber comprendido entónces que si la voz del ministro del Altísimo vibraba con mas fuerza seria probablemente porque, habiendo oido el infeliz reo las diez de la noche en el reloj de la cárcel, comprendería que á igual hora de la mañana siguiente dejaria de existir, y esta reflexion tal le debió poner que el sacerdote pensara encaminar las suyas á un autómatas.

Para librarnos de aquel tétrico clamor que así nos entristecía, refugiámonos mi amigo y yo en la habitacion del alcaide, y como ni aun allí pudiésemos desechar las tristes ideas que nos preocupaban, llamó J. á su asis-

tente, soldado viejo y de buen humor que daba puñetazos á diestro y siniestro al hablar de sus batallas, y tan entusiasta de los generales á cuyas órdenes habia servido, que al leer un dia en un periódico una composicion poética en que yo cantaba la gloria de uno de ellos, me fué á buscar sin conocerme, y me dió un abrazo que recordaré mientras viva.

Gozaba de grande fama el asistente entre sus compañeros, no solo por su antigüedad en el servicio, pues habia cumplido y reenganchádose varias veces, sino tambien por el aire de inteligente superioridad que sabia tomar en algunas circunstancias.—Estaba ademas acribillado á balazos, y nadie osaba poner en duda su valor; lo que dá mucha preponderancia al soldado entre sus camaradas.

II.

Historia del sargento novelista.

Era Nicanor—que así se llamaba el asistente—un mancebo cazador de hasta siete lustros, de fisonomía brusca, pero agradable, de ademanes toscos, pero moderados y sobre todo de una facundia sin par para esto de historietas y cuentos de soldados. Debía tambien á la naturaleza el arte de hacer reír sin afectacion, que, unido á su proverbial donaire, y un no sé qué de melancolía que incrustaba, por decirlo así, en todas sus narraciones, me trasportaba oyéndole á la época en que los religiosos ó los eruditos iban al azar buscando por veredas y encrucijadas los ancianos de las aldeas, tradiciones vivientes que sirvieron despues para escribir la historia.

Le habíamos rogado que nos contase una de amores, ó algo que nos entretuviese mientras el sueño nos acometía; pero él, despues de reflexionar un rato, comenzó á menear la cabeza.

—¿Qué!—¿no te acuerdas de ninguna?—le pregunté.

—Ya os las he contado todas, señoritos—me replicó.

Y no mentia seguramente; porque á cada instante poníamos á contribucion su repertorio.

—Pues es preciso pasar el rato de alguna manera,—insistí.—Este sitio no tiene nada de agradable y nadie mejor que tú puede distraernos.

—Harto sé lo que en una cárcel se entristece uno, y de mí sé decir que, como hace mucho tiempo he perdido el buen humor que tenia, siempre aprendo algo cuando á ella vengo.

—¿Tan dado eres á la observacion?

—No es por gusto, no. Es—prosiguió con su acostumbrado aire melancólico—es porque las cárceles me recuerdan una historia muy terrible.

—¿Una historia, y callada la tienes!—le interrumpió mi amigo.

—¿Ay señorito! así como los recuerdos dulces,—el de una batalla en que uno no ha sido herido por ejemplo—recrean el ánimo y alhagan la imaginacion, los que están empapados en sangre—como este;—y dió un suspiro—dejan, al despertarlos en la memoria, una huella dolorosísima que no es fácil de borrar.

—¿Tonterías!—esclamó mi amigo.

Yo callé porque me pareció un sacrilegio levantar el sudario de olvido que cubria aquella historia.

—Cuéntanosla,—prosiguió—con su acostumbrada veleidad su amo.

Nicanor parecia arrepentido de haber hablado de aquello, y estaba meditabundo.

—¿Para qué?—dije yo entónces queriendo sacarle de su embarazo;—¿qué nos importa á nosotros de una historia triste, y para qué nos serviría ademas en una noche como esta?

El asistente me agradeció mi mediacion con una mirada en que creí entrever una lágrima.

—Pero si no sabe otra,—añadió su amo,—que nos la cuente.....

—No, no: seria abusar.....

—¿Qué abusar! ¡Bueno es eso!—Nicanor, cuéntala.

—¿Pero, señorito....!

—Cuéntala y dejate de bromas.

—Es muy larga.....

—Mejor que mejor.

—Apenas con una noche bastaria.....

—¡Bravísimo!

—Pero, hombre.....—baluceé, deseando en mi inte-

rior—debo confesar mi flaqueza,—que el pobre asistente se viera obligado á obedecer, aunque fuese á la fuerza.

—¡Dale!—esclamó J....—Nicanor, al caso.

Yo quise interponerme todavía; pero mi amigo repuso un tanto enfadado:

—¡No faltaba más!

El asistente dobló la cabeza, enjugó el sudor que inundaba su rostro y esclamó:

—Sea, pues, si así lo quieren vds.; pero no contaré aunque me maten la historia de mis amores, que es la que aludo, sino la de un pobre sargento amigo mio que la escribió. Despues, traeré á vds. el manuscrito que conservo.

Reunímonos, pues, en torno suyo, y ni un momento le concedimos para coordinar sus ideas.

Así comenzó Nicanor.

—Durante la guerra última sucedió cuanto Rodriguez ha escrito en esos papeles. Amaba á su obra, tanto como á mí, que soy el héroe de ella, y nunca hubiera venido á parar en mis manos á no encargarse la muerte de contrariar sus gustos. El vacío que dejó en mi existencia la falta de mi amigo, poco tiempo despues de haber perdido para siempre á Lucía, me ha trocado de alegre en taciturno, de afable en seco, descontentadizo y brusco.—¡Rodriguez murió por mi causa! ¡Lucía me ha abandonado por mi culpa! siempre que la idea de la justicia humana ó de la divina me asalta á la imaginación, padezco tanto, que, no sé como no me vuelvo loco.

Calló un momento el asistente, y luego con aspereza, como avergonzado de su debilidad, prosiguió:

—En la última acción que se dió en Navarra antes del famoso convenio, nos habíamos batido Rodriguez y yo como desesperados. Mi compañía estaba cercada por un regimiento enemigo, que nos iba acorralando junto á un puentecillo de dos ojos adonde dirigian sin cesar sus tiros las baterías facciosas colocadas en una eminencia. Nuestra situación no podía ser mas apurada: solo nos quedaba el recurso de morir matando. Todos los oficiales habían caído y el desaliento empezaba á cundir en nuestras filas. Busqué con la vista á Rodriguez, que un momento antes se ocupaba en animar á todos, y juzguen vds. de mi sorpresa al ver su puesto vacío: corrí á informarme de cuantos á su inmediación se hallaban, y ninguno supo darme razón de él. Túvele por muerto, y desde aquel instante no volví á pensar en defender mi vida. Me dirigí solo, con el fusil terciado á la entrada del puente, destrozado ya por las balas de cañón, seguro de que muy pronto conseguiría mi deseo. Ojalá zumbiar en torno mio, me enderezaba para presentarlas mayor blanco..... ¡todo en vano! Decidido estaba ya á poner yo mismo fin á mis días, cuando á pocos pasos de mí, detrás de un trozo de la fábrica del puente, ví flotar un plumero encarnado, que al punto reconocí por el de Rodriguez. Arrastrándome con cautela, porque ya temía la muerte, logré reunirme con él, y ¡ojalá que antes de conseguirlo hubiera espirado!—Encontré á mi amigo agazapado detras del poste, tiritando, con los ojos desencajados y dando visibles muestras de una enagenación mental. En vano le pregunté mil y mil veces porque le hallaba en aquella situación; sus respuestas eran monosílabos casi ininteligibles. Por último llegué á comprender mas por sus ademanes que por sus palabras que había presenciado su última hora y quería huir de su destino. Entonces no pude contenerme, y agarrándole por un brazo con todas mis fuerzas, exclamé:

—Hasta ahora no había yo conocido que el sargento Rodriguez es un cobarde.

La única respuesta fué un signo negativo.

Volvió á apostrofar con mas colera, y viendo en fin que no lograba traerle su deber á la memoria, asíle por el cuello de la casaca, poniéndole de pie:

—Ven—le dije,—si Dios quiere que mueras moriremos juntos.

En esto nuestros soldados habían intentado abrirse paso por entre las filas enemigas: una nube de balas los acababa de diezmar, y una de ellas hirió en mitad de la frente á mi pobre amigo, en el mismo instante en que yo lo arrancaba por fuerza de su parapeto. Ni una queja, ni una injuria para mí salió de sus labios. Cayó en tierra con el cráneo destrozado, murmuró solamente:

—¡Bien lo sabía!... los presentimientos no engañan!...

—¡Voy á morir! ¡A Dios!... Aquí en mi mochila... guárdalo... guárdalo mientras vivas....

Un momento despues solo estrechaba entre mis brazos un cadáver. Cuando exhaló el último aliento, me pareció que también me faltaba el mio, y caí exánime á su lado.

Cuando volví en mi acuerdo me hallaba prisionero de los facciosos, y tenía entre las manos el ensangrentado manuscrito de la historia de mis amores, que guardaba en su mochila mi pobre amigo.

NOTAS. Aquella misma noche nos llevó Nicanor á la cárcel el manuscrito á que se refería; escrito todo por el sargento, y empapado en su sangre. Al separarse de él para entregárnoslo, respiró con fuerza, como si le hubiesen quitado de la conciencia un remordimiento.

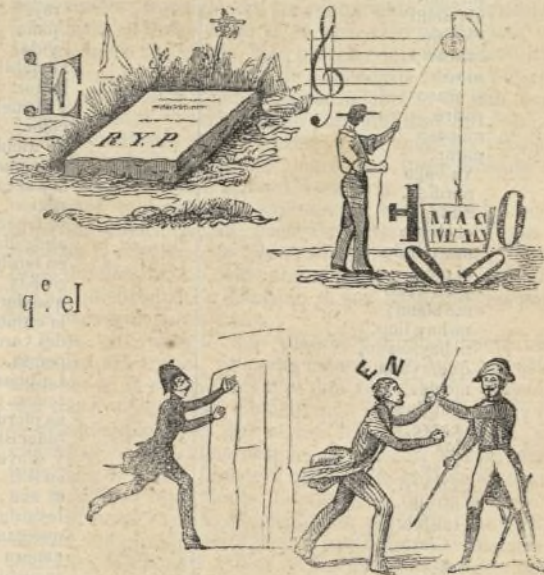
—¡Pobre Rodriguez!—balbuceó—¡yo fui su verdugo! ¡yo he sido el asesino de cuantos he amado!

El estilo fácil, sencillo, y casi pastoral, y la forma de novela en que estaba escrita, me aficionaron tanto á esta historia, que, á trueque de estropearla resolví escribirla á mi modo, y apropiármela. Quiero, pues, espiar la mala tentación en que he caído, deplorando aquí la suerte del sargento novelista. Un manuscrito libré á Chateaubriand de una bala republicana. Por culpa de una bala realista ha llegado á mi poder otro de un hombre desconocido. Aquella nos legó un genio.... ¿quién asegurará que esta no nos lo haya robado? ¡Pobre Rodriguez! Solo Nicanor le lloró; diez años mas tarde quizá le hubiera llorado toda España.

VICENTE BARRANTES.

(Continuará.)

GEROGLIFICO.



LA PESADILLA.

FANTASIA CANICULAR.

INTRODUCCION.

¡Qué fuego! Es la canícula.
El aire denso y cálido
de la cargada atmósfera
se templó el seco ardor:

y en vano el cuerpo lánguido
con ansias mil inútiles
hallar quiere benéfico
reposo ni frescor.
Ya es alta noche: lúgubre
silencio reina: el ánimo
me enerva soporífero
cansancio... ¡qué calor!
¡Ah! me rindió por último
el sueño; mas mi espíritu
se agita entre quiméricos
insomnios con pavor

á impulso del maldéfico
canicular sopor.

I.

Qué es esto? De vapores la atmósfera cargada
sobre mi frente pesa: la siento en derredor
en rauda remolino rodar arrebatada.
presándome las sienes con infernal dolor.
Qué es esto? Delirio? Qué espíritu horrendo

suspenso en los aires me eleva tras sí?
Miestrecha garganta se vá comprimiendo:
no veo, no siento, no aliento. ¡Ay de mí!

Esto es que el fin de mi existencia toco:
esto es sin duda que se muere así,
la última idea en el cerebro loco
girando en espiral, que espira en sí.

Esto es ¡ay! que arrojado en el viento
á su nada el espíritu vá;
y anudado en el último aliento
nuestro cuerpo arrebatá quizá.
Sin duda, eso es: y yo espiro
rodando en el aire á la par
lanzando el extremo suspiro,
lanzado sin fin á rodar.

Si, voy rodando en el viento
copenado hasta espirar,
tan horrible movimiento
á seguir y á no parar.

Y en giro interminable
rodando sin piedad,
caeré en la inmensurable
sombria eternidad.

Se irá enrareciendo
el aire tal vez,
y yo iré cayendo
con mas rapidéz.

Cual hoja suelta
que lleva el viento,
á cada vuelta
voy mas violento:
casi no siento
como las dory.
Ciego, desmayo
ya como el rayo
rápido voy.

Ya no siento
como giro:
ya no hay viento
en mi redór.

No respiro;
veo que espiro:
ya es mi aliento
vago, lento,
violento
como último
estertor.

Ya ruedo
sin tino:
ni puedo
camino
buscar,
ni sé
si acaso
podré
mi paso
parar.

Ya vago
perdido.
Su lago
el olvido
me tiende
al pié:
y en vano
me afano;
no hay tino,
ni hay mano,
que ayude
me dé.

Sin duda
caeré:
lo creo,
lo sé.
Lo veo:
mi sino
tal fué.
Cierto,
sí;
verto
voy,
cal.
¡Muerto
soy!
nada
hay
aquí
¡Ay!
Fui.

II.

¡Jesus! Qué es esto? ¿Dónde estoy, Dios mío?
¿Qué vértigo letal me trastornó?

Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
bañado siento de mortal sudor.
Impetuoso y rugiente torbellino
por el vacío me llevaba en pös,
en remolino rápido rodando
cual átomo que arrastra el Aquilon.
Hirviente mar de cenagosas ondas
me esperaba al caer: denso vapor,
me quitaba el aliento y los sentidos.
Di al fin en aquel mar, y me sorbió.
La bóveda ondulante de sus aguas
cerróse sobre mí con lento son,
y en su bullente inmensidad oscura
la negra eternidad comprendí yo.
Pero soñaba sí: tocan mis manos
mi lecho: sueño fué. ¡Gracias á Dios!
era una fatigosa pesadilla
de una noche de julio: ya pasó.

¿Qué hora será? Por los cristales creo
que percibo del alba el resplandor.
La luz despejará mi fantasía:
la luz serenará mi corazón.

III.

Yá
lento
viento
soplo
blando
dando
yá.
Parda
nube
tarda
sube.
Tinta
roja
pinta,
y dá
al cielo
fulgor
y al suelo
color.
La niebla,
que puebla
la hueca
region,
se trueca
ahogada
en lumbré
rosada,
que dora
la cumbre
del verde
peñon.
La brisa
sonora
se pierde
indecisa,
y suave
su son
al ave
levanta,
que canta
canora
la aurora,
que estensa
colora
la inmensa
creacion.
Yá amanece;
la luz vaga
según crece
desvanece
los alientos
de vapor
que la noche
que ha pasado

ha dejado
en derredor.
La tierra entera
saluda al día
con la hechicera
grande armonía,
que en diferentes
puros acentos,
á su arrebol
alzan contentos
árboles, fuentes
aves y vientos,
alborzados
con los dorados
rayos nacientes
del nuevo sol.

Ya entero su disco
se vé en el espacio.
El valle y el risco,
la choza, el palacio,
la corte, el aprisco
bañó su esplendor.
Y ardiente cruzando
la reja entreabierta,
y al hombre llegando
le dice: «Despierta,
bendice al señor.»

Por rejas, miradores,
postigos y terreros
sus mil respiraderos
franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
ya van los labradores,
y bajan los pastores
al llano y los oteros,
dó tienen sus labores,
ó el pasto mas feráz.

Ya por las abiertas rejas
dó quier se vé á las mugeres
sus domésticos quehaceres
oficiosas emprender:
y aumenta el ruido, y se escucha
de los hombres el acento,
y se estiende el movimiento
de la vida por dó quier.

Reflejan al sol los tejados
de fresco rocío mojados:
inunda las calles la luz.

Caballos y carros que cruzan
por entre la gran multitud,
el polvo al pasar desmenuzan
doblando el rumbo é inquietud.

Ya se vuelve el martillo y la sierra
y la voz del que vende á escuchar;
y otra vez desvelada la tierra,
el silencio y la calma destierra,
y otro día comienza á pasar.

Ya en luz el Universo resplandece.
La noche entre sus nieblas arrastró
los sueños con que el alma desvanece,
y la sangre en las venas enardece,
y el aliento sofoca y entumece
los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño mi mente
en pos de las sombras nocturnas lanzó,
y libre y sereno mi espíritu siente
que nuevo y fecundo raudal imponente
de fé y poesía la luz le inspiró.

Mi lengua desatada prorrumpe en armonía,
la inspiracion arrastra mi corazón en pös,
y encima de los rayos del sol del nuevo día
eleva bajo formas de fácil poesía
mis preces matutinas al sempiterno Dios.

IV.

Señor, yote conozco; tu omnipotencia creo.
Lo mismo en las tinieblas centellear te veo.
Que al estender el alba su espléndido arrebol.
Tu faz ante mis ojos dó quiera resplandece.
Señor, yote bendigo cuando la noche crece:
Señor, yote bendigo cuando amanece el sol.

J. ZORRILLA.